Vivir en comunión con Dios: el secreto de la victoria // Ramón Ubillos 2026

Jesús como Sumo Sacerdote y Acceso a la Gracia

La carta a los Hebreos nos presenta a Jesús como el gran Sumo Sacerdote que traspasó los cielos y puede compadecerse de nuestras debilidades, pues fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Hebreos 4:14-16). Esta perspectiva nos recuerda que nada podemos dar a Dios que Él no nos haya dado primero, y que nuestro acercamiento a su trono debe ser confiado, buscando misericordia y gracia para el socorro oportuno. Reconocer la limitada capacidad humana nos permite centrar nuestra atención en Dios y no en nuestros logros o talentos personales. Jesús enseñó que quien viva del agua que Él da será una fuente de vida eterna, subrayando que Dios es el punto de partida de toda bendición.

La Importancia de Acercarse a Dios con Fe

Acercarse a Dios nos distingue y nos transforma. Como dice el refrán, quien se arrima a un buen árbol, buena sombra le cobija; el mérito está en el árbol, no en quien se acerca. Aunque Jerusalén significa «ciudad de paz», no tiene paz, pero Dios, que trae la verdadera paz, está siempre disponible para quienes se acercan a Él. Mantener comunicación constante con Dios es fundamental; no basta con esperar su palabra, sino que debemos tomar la iniciativa de acercarnos y cultivar la relación de manera activa.

La Invitación a la Casa de Dios y la Presencia Divina

Dios nos invita a entrar en su casa, donde existen bendiciones abundantes. Ejemplos como el hijo pródigo nos enseñan que reconocer la autoridad de Dios y acudir a su presencia nos permite recibir sus riquezas. Al ir a la casa de Dios, debemos someternos a Su obra y no actuar según nuestros deseos. Aunque la tecnología permite ver cultos por internet, nada sustituye la experiencia de estar presente, participando activamente en la comunión con Él. No se trata de traer a Cristo a nuestra vida, sino de llevar nuestra vida a Cristo.

El Velo del Templo y el Acceso al Lugar Santísimo

La mayor bendición es poder entrar en la presencia de Dios, accesible a través del trono de la gracia (Hebreos 10:19-22). La entrada requiere un corazón sincero, certeza de fe y pureza espiritual. Con la crucifixión de Jesús, el velo del templo se rasgó, eliminando el obstáculo que impedía al sumo sacerdote entrar al lugar santísimo una vez al año tras largos días de preparación. Ahora, gracias a la sangre de Cristo, todos los hijos de Dios somos sacerdotes con acceso directo a la presencia de Dios.

La Sangre de Cristo y la Purificación del Corazón

El sacrificio de Jesús nos permite acercarnos libremente a Dios y vivir libres del pecado. La sangre del Cordero purifica nuestros corazones y nos capacita para caminar en santidad. Quedarse a medias en esta comunión impide experimentar la plenitud de la gracia, y es vital no permitir que el pecado nos separe de la presencia de Dios.

La Comunión con Dios y la Vida en Santidad

Celebrar la gracia de Dios implica buscar su presencia de manera personal. Su comunión nos fortalece frente a la carnalidad y nos da capacidad para vencer nuestras debilidades. La oración y la elevación de nuestras manos son expresión de esta búsqueda de ayuda y guía divina. La sangre de Cristo purifica el corazón y el cuerpo, mientras la gracia de Dios nos enseña a vivir en santidad y a superar las dificultades con su luz.

La Casa de Dios y las Moradas Celestiales

Jesús abrió el camino para que los creyentes vivan en santidad. En Juan 14:1-6 se nos habla de las moradas en la casa del Padre, lugares no solo físicos sino espirituales en la presencia de Dios. Preparar nuestro lugar implica comunión con Él y confianza en que su bendición espiritual es superior a cualquier riqueza terrenal. Dios desea que habitemos en su presencia, disfrutando de una relación profunda y segura con Él.

La Presencia Habitual de Dios y su Efecto en la Vida

Vivir en la presencia de Dios transforma nuestra vida diaria. La cercanía con Él hace más difícil caer en pecado, pues el Espíritu Santo corrige y guía. La gracia de Dios nos sostiene y nos permite experimentar libertad y fortaleza en cada situación. Cuanto más constante es nuestra comunión, más evidente es su influencia en nuestro comportamiento y decisiones.

La Luz de la Presencia Divina y la Lucha contra el Pecado

La experiencia de quienes buscan a Dios refleja cómo la luz divina expone las áreas que requieren transformación. Como decía Pablo, la gracia de Dios es la que nos libra del «cuerpo de muerte». Mientras más nos acercamos a Dios, más sensibles nos volvemos a su corrección y más efectivos somos para evitar el pecado en nuestra vida cotidiana.

La Promesa de Jesús y la Unión con el Padre

Jesús nos asegura que ha preparado un lugar para cada creyente y regresará para llevarnos consigo. Su deseo es que estemos en su presencia, disfrutando de su gracia y santidad, y que nuestras vidas reflejen esta comunión. La verdadera seguridad y paz se encuentran al habitar en su presencia, viviendo como hijos de Dios en su reino.

El Camino al Padre y la Comunión Personal

La comunión con Dios depende de mirar al Señor y no a intermediarios. Jesús es el camino, la verdad y la vida, y nadie puede llegar al Padre sino por Él. Vivir en comunión personal con Dios es un privilegio que se experimenta aquí y ahora, no solo en la eternidad. Esta relación transforma nuestra vida y nos llena de su presencia.

La Muerte de Cristo y el Acceso al

Cielo

La crucifixión de Jesús abrió el acceso directo a Dios Padre en los cielos. No debemos esperar la muerte para unirnos a los coros celestiales; la invitación de Dios es entrar a su reino hoy. La presencia de Cristo nos permite vivir la eternidad desde ahora, disfrutando de su gloria y bendición.

La Identidad de los Santos y la Comunión con Dios

Todos los que vivimos en la presencia de Dios somos santos, según la Biblia. Este título no depende de la institución religiosa, sino de nuestra relación directa con Él. Alejarnos de Dios limita nuestra capacidad de acción y bendición. La comunión diaria con el Señor define nuestra identidad y nos hace diferentes en la tierra.

La Comunión con Dios y el Mensaje del Evangelio

La primera carta de Juan resalta que la comunión con Dios y su Hijo Jesucristo es la base de la vida eterna (1 Juan 1:1-3). El mensaje del evangelio nos invita a acercarnos a Él y vivir en constante comunión. Esta relación no es exclusiva de algunos espiritualmente superiores, sino que debe ser la norma para todos los creyentes.

Ejemplos de Vida en la Presencia de Dios

La comunión con Dios se refleja en la vida de quienes la practican. No se trata solo de evitar el pecado, sino de crecer espiritualmente como «expiadores» en proceso de corrección. Personajes como Enoc y Elías son ejemplos de

quienes caminaron cerca de Dios y fueron bendecidos de manera extraordinaria, mostrando que la presencia de Dios hace la diferencia en la vida de cada creyente.

La Búsqueda de la Presencia Divina y las Escrituras

Buscar la comunión con Dios requiere prioridad y dedicación. Salmo 27:4-5 nos enseña a demandar estar en la casa de Dios cada día, contemplando su hermosura. Este anhelo nos lleva a buscar la santidad, a acercarnos al lugar santo y a recibir su bendición. Buscar primero el reino de Dios asegura que todo lo demás será añadido a nuestras vidas.

Las Visiones Celestiales y la Fe Infantil

La Escritura nos muestra que para acercarnos a Dios debemos adoptar una fe como la de los niños, sin complejos ni limitaciones (2 Corintios 12:1-5). Gloriarse en nuestras debilidades nos permite depender de Dios plenamente y recibir revelaciones espirituales que transforman nuestra vida. La sencillez y confianza infantil son claves para experimentar la presencia de Dios.

La Fortaleza en la Relación Personal con Dios

La relación con Dios proporciona fortaleza incluso en las situaciones más difíciles. Pablo y Juan Bautista son ejemplos de cómo la presencia de Dios sostiene y capacita, aún en circunstancias adversas como la prisión. La fuerza no proviene de lo que Dios nos da, sino de su constante presencia en nuestras vidas.

La Iglesia y la Vida en Santidad

La iglesia no es la casa de Dios; la verdadera casa es donde habitan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El testimonio más potente que podemos ofrecer como comunidad es vivir en santidad, guiados por la luz de Dios. La comunión con Él nos permite superar cualquier circunstancia y mantener la pureza espiritual.

La Invitación a la Comunión y la Oración Final

El llamado final es acercarnos a Dios en oración, poniendo nuestra atención en Él y no en nosotros mismos. La oración nos permite descansar en su santidad, recibir renovación y transformación, y experimentar la bendición de su presencia. Al pedir santificación y glorificación de Dios en nuestras vidas, cerramos con un «Amén» y recibimos la gracia divina que nos guía y fortalece.